

(1) En inglés, *mesalliance* significa matrimonio con alguien considerado inadecuado, inapropiado. En francés, *mésalliance* significa desajuste.

# 1

UNA LIBÉLULA revoloteaba, como una chispa dorada, justo por encima del mástil del barco inmóvil.

Cuando las primeras brisas movieron el agua como si un gato hubiera chapoteado con su pata, la libélula salió disparada hacia el cielo con poderío. Hizo un potente *zoom* hacia el cielo y se quedó allá arriba, revoloteando. El barco, abajo, se había transformado en una mota solitaria en medio de una extensión de lagunas salinas poco profundas, desdibujadas por una niebla perlada.

¡Más alto! Sus alas transformadas la elevaron hasta donde ya llegaba la primera luz del día. Los ojos compuestos que cubrían la mayor parte de su cabeza le mostraban el oscuro terraplén del talud continental que se extendía a lo largo del horizonte septentrional: el borde de Europa, acentuado por una imponente nube de agua que ascendía señalando la cascada del Ródano, río que descendía por una colosal ladera sedimentaria hasta desembocar en la cuenca mediterránea de La Tierra Pliocena, casi seca, que se llamaba El Mar Vacío.

¿Debía volar hacia el continente? Sus alas tenían la fuerza suficiente como para volar a más de cien kilómetros por hora en distancias cortas. Sabía que, para él, sería fácil desandar el camino que el barco había recorrido el día anterior; también podía volar hacia el este, hasta la masa de tierra erguida de Córcega-Cerdeña donde, según Creyn había dicho, no vivía ningún tanu.

Podía ir a donde quisiera. Ahora era libre.

Desaparecieron las restricciones mentales que el exótico amo de esclavos había programado en él. Esa mañana, cuando despertó, el torque de plata que ceñía su cuello estaba frío en vez de caliente. Los circuitos neurales del dispositivo psico-coaccionador se sobrecargaron, y quedaron inutilizados, debido a sus nuevos poderes mentales. Los poderes metapsíquicos latentes que el torque había desbloqueado se mantuvieron. Y aumentaron.

Se acercó con su sentido a distancia y escuchó. Percibió los lentos ritmos vitales cíclicos de las siete personas que dormían

en el barco, allá abajo y, más lejos, los murmullos telepáticos de otros barcos esparcidos por el gran lago. Concentró su sentido a distancia en el sur, intentando torpemente cerrar el foco... y percibió un conglomerado de destellos mentales. ¡Fascinante! ¿Puede que provinieran de la capital tanu, Muriah, el destino hacia el que habían estado viajando durante estos últimos cinco días?

Si saludo, ¿responderá alguien ahí abajo? ¡Inténtalo!

Encontró una fuerte y luminosa respuesta, sorprendentemente ansiosa:

Oh, ¿de quién es esa deslumbrante mente de niño?

Bueno... de Aiken Drum.

Mantén la mente tranquila como hasta ahora, pero así, radiante. ¡Ah!

No. ¡Deja de hacer eso!

No te alejes, Resplandeciente. ¿Qué es lo que eres?

¡Suéltame, maldita sea!

No te retires, creo que te conozco...

De repente, le invadió un miedo como no había sentido nunca. Ese desconocido se aferraba a él, de algún modo, acercándose por el sendero que su propia mente había abierto. Intentó apartarse y se dio cuenta demasiado tarde de que iba a necesitar todas sus fuerzas para cortar la conexión. Se liberó. Se vio a sí mismo cayendo por el aire, su forma de libélula volvió a ser la de un vulnerable humano. El viento silbaba en sus oídos. Caía en picado hacia el barco, gritando con la mente y con la voz, y solo consiguió recuperar el control un momento antes de que sucediera el desastre, y el insecto volvió a aparecer... temblando, desencajado, se acomodó en la punta del mástil.

Su pánico proyectado despertó a los demás. El barco comenzó a balancearse generando ondas concéntricas en el lago blanquecino. Elizabeth y Creyn salieron del compartimento de pasajeros cubierto y se quedaron mirándolo fijamente; y Raimo, que miraba hacia arriba con expresión de incompreensión; y Stein, que fruncía el ceño, junto a la pequeña Sukey, quien tenía cara de preocupación; y Highjohn, el capitán, que gritó:

—¡Sé que estás ahí arriba, Aiken Drum! ¡Que Dios te ayude si has estado haciendo alguna de tus bromitas con mi barco!

El grito del barquero sacó de quicio al último pasajero, el antropólogo sin torque Bryan Grenfell, que estaba malhumorado y no sabía nada de las preguntas telepáticas que los demás le estaban lanzando a la libélula.

—¿Es necesario mecer tanto el barco?

—Aiken, baja —dijo Creyn en voz alta.

—Y una mierda —contestó la libélula. Sus alas zumbaban, el insecto se preparaba para huir.

El tanu levantó su delgada mano haciendo un gesto irónico.

—Vuela entonces, atontado. Pero trata de entender qué es a lo que estás renunciando. Nos da igual que hayas escapado del torque, era de esperar. Ya habíamos preparado ciertas concesiones. Hemos acordado otorgarte algunos privilegios especiales en Muriah.

Aiken lanzó una risita nerviosa.

—Me han llegado unos pequeños indicios de ello.

—¿Y bien? —Creyn no estaba preocupado—. Si hubieras estado atento, sabrías que no tienes que temer a Mayvar. ¡Al contrario! Pero no te confundas, incluso sin torque de plata ella es capaz de detectarte dondequiera que estés. Huir sería el peor error que podrías cometer. No hay nada esperándote ahí fuera, estarás solo. Alcanzarás tu plenitud con nosotros, en Muriah. Ahora, baja. Es hora de que retomemos nuestro viaje. Deberíamos llegar a la capital esta noche, y podrás juzgar por ti mismo si lo que te he dicho es verdad, o no.

El alto exótico se metió abruptamente en el compartimiento de pasajeros. El pequeño grupo de humanos se quedó en cubierta con la boca abierta.

—Oh, me cago en la hostia —dijo la libélula.

Descendió describiendo una espiral, aterrizó a los pies del capitán y se convirtió en un hombrecito vestido con un traje de tela dorada repleto de bolsillos. Con la confianza en sí mismo completamente recobrada, Aiken Drum mostró su sonrisa de bufón.

—Tal vez me quede por aquí por un tiempo. Mientras me convenga.

Esa noche, cuando una multitud de jinetes tanu fue a darles la bienvenida a las playas de Aven, Bryan solo podía pensar en una cosa: que Mercy podría estar sobre alguna de esas monturas junto a los exóticos. Así que iba corriendo de un lado a otro del barco al tiempo que un grupo de veinte robustos helladotheriums, que parecían unos okapis gigantes, eran amarrados a la embarcación para tirar de ella y subirla por el largo camino hasta Muriah. Brillaba la luna en avanzado estado creciente. A un kilómetro aproximado de los muelles, ubicados en una planicie de sal rodeada de rocas erosionadas de evaporita rayada, la ciudad que era la capital de los tanu resplandecía en la oscuridad, en lo más alto de la península, como una galaxia en La Tierra.

—¡Mercy! —gritó Bryan—. ¡Mercy, estoy aquí!

Muchos hombres y mujeres humanos cabalgaban entre los altos exóticos, vestidos como ellos, ya fuese con armaduras de vidrio tallado llenas de púas o con valiosas túnicas de gasa adornadas con joyas. Las antorchas apagadas que llevaban en sus manos eran de diversos colores. Los jinetes, en medio del tumulto y el ajeteo, se reían de Bryan e ignoraban las preguntas que él gritaba.

¡La mayoría de las mujeres humanas montadas en los grandes chalikos tenían el pelo castaño! Bryan trataba, una y otra vez, de mirar más de cerca a quien quizá fuese Mercy Lamballe. Pero siempre que la bella jinete se acercaba, no era ella, ni siquiera una que se le pareciera.

Aiken Drum se pavoneaba de pie sobre uno de los asientos del barco haciendo poses como si fuese una marioneta dorada, bromeando o provocando con ocurrencias que causaban hilaridad entre los exóticos e incrementaban el caos. El leñador fino-canadiense, Raimo Hakkinen, se asomaba sobre la barandilla neumática del barco para besar las manos de las damas y brindar con los hombres, dándole tragos a su petaca de plata. En contraste, Stein Oleson, se quedó sentado en la penumbra, rodeando con su enorme brazo a Sukey, protegiéndola. Ambos sentían recelo.

El capitán Highjohn se acercó a Bryan y se quedó a su lado, en la proa. Manoseó el torque gris que le rodeaba el cuello y se rió a carcajadas.

—Estaremos cada uno en nuestro sitio en un rato, Bryan. ¡Qué bienvenida! Nunca he visto nada igual. ¡Mira el liante de tu amiguito con su vestido dorado ahí arriba! Les va a costar la hostia domarle, si es que algún día lo consiguen.

Bryan, con la cara anonadada, miró la sonriente cara de Highjohn.

—¿Qué? Lo siento, Johnny. No te estaba escuchando. Me pareció ver a alguien. Una mujer que conocí.

Con amabilidad, pero con firmeza, el barquero llevó al antropólogo a uno de los bancos. Los conductores de la caravana azotaron a los hellas y el barco empezó a moverse, acompañado de vítores y un repiqueteo de campanillas procedente de los escoltas, algunos de los cuales golpeaban, con resplandecientes espadas, sus escudos repletos de piedras preciosas. La canción tanu brotó de alrededor de un centenar de gargantas y mentes. A Bryan le resultaba familiar esa melodía, a pesar de que sonaba un poco rara, y las palabras eran extrañas:

*Li gan nol po'kone niesi,  
Kone o lan li pred near,  
U taynel compri la neyn,  
Ni blepan algar dedone.  
Shompri pone, a gabrinel,  
Shal u car metan presi,  
Nar metan u bor taynel o pogecone,  
Car metan sed gone mori.*

Los dedos de Bryan se aferraron a una barandilla de la cubierta del barco. La fantástica panoplia de jinetes se arremolinaba a lo largo del camino de sirga mientras el barco ascendía por una larga pendiente. No había vegetación cerca de la laguna salada, sino peñascos erosionados y columnas de minerales que se alzaban en las sombras ondeantes como ruinas de un palacio de elfos. La caravana entró en una hondonada que se extendía entre acantilados escarpados, y la resplandeciente Muriah

desapareció de la vista. El barco tirado por hellas y su escolta de hadas avanzaron hacia la boca de un túnel negro, flanqueado por enormes querubines quebrados. La Canción resonaba en los muros laterales.

Una vieja vivencia asaltó a Bryan. Una cueva, profunda y oscura, y una cosa amada perdida en su interior. Era un niño pequeño seis millones de años en el futuro, en Inglaterra, en las colinas de Mendip, donde su familia tenía una casa de campo. Su gatito, Cenizas, se había perdido y Bryan lo estuvo buscando durante tres días, hasta que tropezó con la entrada de la pequeña cueva, apenas lo suficientemente grande como para que su cuerpo de ocho años pudiera pasar. Se quedó mirando fijamente el fétido agujero negro durante más de una hora, sabiendo que debía entrar a buscar al gato, pero aterrorizado de solo pensarlo.

Al final, cogió su pequeña linterna y entró arrastrándose como un gusano. La abertura se retorció e inclinaba hacia abajo. Se fue deslizando casi sin aliento, haciéndose arañazos con las piedras puntiagudas. El hedor de los excrementos de murciélagos era espantoso. El último destello de la luz del día se desvaneció tras una curva del estrecho túnel, que en ese punto se convirtió en una caverna profunda, demasiado grande para que su pequeña linterna alcanzara a iluminarla. Enfocó hacia abajo y no vio el fondo. ¡Cenizas!, gritó, y su voz de niño reverberó como un lamento intermitente. Se escuchó un sonido como de batir de alas y un leve chillido. Desde el techo de la cueva, una nube de agría orina de murciélago cayó sobre él.

Sofocado, entre arcadas, intentó darse la vuelta, pero la abertura era demasiado estrecha. No le quedó otra que dar marcha atrás reptando sobre su estómago. Las lágrimas corrían por sus mejillas, en cualquier momento los murciélagos podían llegar volando hasta su cara y hundirle los dientes en la nariz, o en los labios, o en las mejillas, o en las orejas.

Dejó la linterna en la boca de la abertura mientras reptaba. Quizá la luz asustase a los murciélagos. Avanzó, centímetro a centímetro, retrocediendo sobre piedras rugosas. Las rodillas y los codos se le iban despellejando. ¡El pasadizo nunca terminaba! ¡Era infinitamente más largo que cuando entró! Y también

más estrecho. Aprisionado por incontables toneladas de roca negra que tuvo claro que le matarían...

Salió.

Demasiado débil como para sollozar, se quedó allí tendido hasta que el sol se puso. Cuando se pudo levantar y volvió a casa tambaleándose, encontró a Cenizas lamiendo un platito de crema en el jardín trasero. El terrorífico viaje a la cueva había sido en vano.

—¡Te odio! —le gritó, haciendo que su madre viniera a toda prisa. Pero cuando ella llegó, Bryan estaba acunando al gatito negro contra su mejilla magullada y sucia. Lo acariciaba y el sonido de su ronroneo le ayudaba a que se le ralentizara el corazón, que le latía a toda prisa.

Cenizas vivió quince años más, gordo y acomodado, mientras la devoción infantil de Bryan por el animal se fue desvaneciendo hasta llegar a ser un vago afecto. Pero viviría para siempre con una sensación de horror por la cosa amada perdida, con el miedo y el estallido de odio final porque su valentía no había servido para nada. Y ahora estaba entrando en otro abismo... La voz amistosa del capitán lo hizo volver al presente.

—La mujer que estás buscando. ¿Te dijeron que estaba en Muriah?

—Un entrevistador de El Castillo del Portal reconoció su foto. Me dijo que la habían enviado aquí. Creyn me insinuó que si cooperaba con las autoridades locales a nivel profesional, ella y yo podríamos vernos.

Dudó un momento antes de desabrocharse el bolsillo del pecho y sacar la lámina de durofilm. Highjohn miró el retrato auto iluminado de Mercy.

—¡Qué cara tan hermosa y atormentada! No sé quién es, ni si está por aquí, Bry. Yo paso en el río la mayor parte del tiempo. Dios sabe que nunca la olvidaría si viera esos ojos... Pobre de ti.

—Repíteme eso cuando quieras, Johnny.

—¿Por qué vino aquí? —preguntó el capitán.

—No lo sé. No lo sé. Suena ridículo, ¿verdad, Johnny? Solo estuve con ella un día. Y luego tuve que dejarla por un tema de trabajo importante. Cuando regresé, se había ido. Todo lo que



podía hacer era intentar encontrarla. Era la única opción que me quedaba, ¿entiendes?

—Claro que entiendo, Bry. Mis razones para venir no fueron muy diferentes. Excepto que nadie me esperaba... Y hay algo que te debes esperar cuando la encuentres. Estará cambiada.

—Era una latente. Le habrán puesto un torque de plata. Soy consciente de ello.

El gran navegante de río negó lentamente con la cabeza. Una vez más tocó su collar gris.

—Es algo más que una latente que se vuelve operante. Dios lo sabe, adquirir metafacultades de golpe tiene sus peligros, según me han contado. Pero incluso nosotros, los que portamos torques grises, que no podemos ni oler las metafunciones, conseguimos algo fantástico mediante este torque. Algo que nunca antes habíamos tenido.

Frunció sus delgados labios morados y de repente exclamó:

—¡Escucha, hombre! ¿Oyes algo?

—Están cantando en lenguaje tanu.

—Y para ti esas palabras no significan nada. Pero a los que nos han puesto un collar, la canción nos dice: estarás bien, no temas, va a suceder algo maravilloso, ¡nosotros-tú-nosotros! Cuando un ser humano se convierte, por imposición, en parte de esta sociedad, adquiere un nuevo nivel de conciencia. Incluso nosotros, los grises, sin metafunciones operantes, podemos ser parte. Es algo más que telepatía, aunque es parte de ella. Es una forma completamente nueva de relación social, esta intimidad de mente a mente. ¿Cómo leches puedo explicártelo? Es como ser miembro de una especie de superfamilia. Sabes que perteneces a esta cosa maravillosa que avanza y te arrastra con ella. Nunca volverás a estar solo cuando sientas dolor. Nunca te quedarás tirado. Nunca serás rechazado. Cada vez que necesitas sostén, o que te reconforten, te puedes apoyar en el colectivo. No es algo asfixiante porque puedes aceptar tanto apoyo como decidas y, bueno, quedas limitado, a menos que portes un toque de oro. Obedeces órdenes, como sirviente... Pero lo que estoy tratando de decirte es que usar estas cosas te cambia profundamente. No sucede de inmediato, pero sucede.

Cuando llevas el torque, tomas conciencia, quieras o no. Tu dama va a ser una persona muy diferente a la que recuerdas.

—Puede que no me quiera. ¿Tratas de prepararme para eso?

—No la conozco, Bry. La gente reacciona de diferentes maneras a los torques. Hay quien florece. La mayoría.

El antropólogo buscó y no encontró los ojos oscuros del capitán.

—Y hay quien no. Ya veo. ¿Qué pasa con los que fracasan?

—No hay apenas entre nosotros, los grises. Los tanu han elaborado una batería de pruebas para resolver el problema de a quién le va bien y a quién no. Los psicotécnicos humanos que trabajan bajo la dirección de Lord Gomnol intentan asegurarse de que ningún humano normal reciba un torque gris a menos que su perfil de PS muestre que el dispositivo será completamente beneficioso para su comportamiento. No quieren desperdiciar torques porque no son fáciles de fabricar. Si sus pruebas psicosociales indican que eres un inconformista, que probablemente te desmoronarás a menos que se te permita calentarte en tu propio caldo individualista, entonces no te pondrán un collar gris. Te coaccionarán de maneras más convencionales para que te conviertas en un miembro productivo de su sociedad, o bien se rendirán y te tirarán a la basura. Pero los verdaderos ganadores aquí, en El Exilio, son los que llevan los torques. Los tanu saben que pueden confiar en nosotros porque pueden compartir nuestros pensamientos y controlar las gratificaciones. Así que se nos permite ocupar puestos de responsabilidad. ¡Mírame! Los tanu son pésimos nadadores, y he tenido a miembros de La Alta Mesa, el gobierno superior de los tanu, montados en mi bote.

—Ya, y sin que te invadieran las dudas, claro.

—Vale, ríete. Pero nunca haría nada que pusiera en peligro las vidas de los exóticos y ello lo saben. ¡Sería impensable!

—Entonces no eres libre.

—Nadie es libre —dijo el capitán—. ¿Era yo un puto lirio de campo en El Medio, pilotando mi ferry de Tallahatchie a Lee, volviéndome loco de celos? Aquí en este mundo, con este torque, sigo las órdenes de los tanu. Y a cambio participo en

esa clase de placeres mentales que solo los metapsíquicos consiguieron en nuestro siglo veintidós. Es como ver con mil ojos. O tomar un buen camino junto a mil cuerpos a la vez. No puedo explicártelo. No soy poeta. Ni psicólogo.

—Empiezo a entender, Johnny. Desde luego, los torques son más complejos de lo que pensé en un principio.

—Le hacen la vida mucho más fácil a la gente que puede afrontar llevar uno. Ten en cuenta tan solo el asunto del lenguaje. En nuestro Medio, los sociólogos alienígenas sabían lo vital que era para cada especie tener un solo idioma. Por eso los humanos tuvimos que aceptar ser monolingües como condición para que El Medio nos aceptara, y el inglés estándar ganó de carrerilla. ¡Pero con el habla mental cualquier tipo de malentendido es imposible! Cuando otra persona te habla con la mente, sabes exactamente qué quiere decir.

—Tremendo. Es por eso que El Medio impone limitaciones tan estrictas a los metas. Especialmente a los metas humanos —murmuró Bryan para sí mismo.

—No entiendo que quieres decir, Bry. ¿Entiendes que quiero decir yo? Si llevaras un torque, sabría exactamente lo que tratas de decirme.

—Olvidalo, Johnny. Es solo mi cinismo enseñando los dientes.

—A mí, la unidad mental me parece ideal. Pero no soy más que un marinero memo cuyo amor se fue con otro. Ahora bien, si los dos hubiéramos sido capaces de entendernos desde el principio... a la mierda. Ahora hay miles de personas que me aman. Es una forma de hablar.

El capitán saludó a la procesión de jinetes. Casi todos ellos respondieron inmediatamente saludando con la mano. Bryan sintió algo frío que agarraba sus intestinos.

—¿Johnny?

El capitán salió de sus ensañaciones.

—¿Mmm?

—No todos los viajeros del tiempo son testados para comprobar su psico compatibilidad antes de ser forzados. Stein no lo fue. Le pusieron un collar cuando se convirtió en una amenaza.

Highjohn se encogió de hombros.

—Puedes entender por qué. El torque puede ser usado para someter a personas rebeldes a corto o largo plazo. Puesto que tu socio sigue con nosotros, deduzco que tienen planes para él. A cierto tipo de personas, médicos y algunos otros especialistas que raramente pasan por El Portal, también les ponen un collar, quieran o no. Son oficios vitales.

—¿Y los latentes metapsíquicos, gente como Aiken, Sukey y Raimo? Salta a la vista que les pusieron collares de plata tan pronto como detectaron que eran latentes, sin tener en cuenta posibles consecuencias mentales adversas.

—Bueno, los plateados son un caso especial —admitió Highjohn—. Está el asunto de los genes.

Bryan se lo quedó mirando.

—Los tanu usan mujeres humanas en su programa de cría, Bry, así como a algunos hombres humanos. Usan a normales y latentes, pero las latentes son las más valiosas para ellos. No tengo muy claros los detalles del asunto pero, de alguna manera, creen que incorporar genes de humanos latentes en su acervo genético hará que llegue más pronto el día en que toda la especie tanu se vuelva operante. Ya sabes, de igual manera que la especie humana se está convirtiendo en operante en El Medio.

—¡Pero los tanu ya son operantes con sus torques de oro!

—Pero tienen sus limitaciones, hombre. Ni siquiera el mejor de ellos es capaz de estar a la altura de los maestros meta de El Medio. Ningún tanu le llega a la suela de los zapatos a nuestros Grandes Maestros. No, tienen un largo camino por recorrer en el juego de los poderes mentales. Pero se supone que este proyecto genético les dará un impulso. Los tanu se lo saben montar. Conspirar y pelear son sus deportes favoritos, seguidos de cerca por follar, beber y pegarse buenas fiestas. Este proyecto genético tan solo es una de las maneras con las que están tratando de consolidar su ventaja sobre los firvulag. Sabes lo de la Gente Pequeña, ¿verdad? Hermanos raciales de los tanu. Operantes sin torques..., pero solo pueden generar ilusiones, creatividad, y algo de comunicación a distancia, principalmente. Los genes de los firvulag son recesivos fuertes

de los tanu, por lo que las madres tanu siguen tirando a los bebés firvulag. Los pequeños gnomos son físicamente más fuertes y se reproducen mucho más rápido que los tanu. Así que, si los tanu quieren mantener el control de El Exilio, van a tener que apretarse las tuercas.

—Estoy empezando a entender la situación —dijo Bryan—. Pero, volvamos a los torques de plata. Si los colocan indiscriminadamente, entonces alguno debe sufrir tensión neural.

—Cierto. Algunos se vuelven locos. Todos los tipos de torque pueden producir eso si la personalidad del portador es, en esencia, incompatible. Incluso los tanu puros tienen sus colapsados. Los llaman torques negros. Sin embargo, incluso si un plateado se vuelve loco, los tanu intentan salvar sus genes. Una mujer que queda colapsada y se abandona se usa como material de cría hasta que se desmorona por completo. Si no puede ser restaurada por los sanadores, sus óvulos pueden ser trasplantados a una ramapihtecus. A menudo no sale bien porque esta gente exótica tiene una tecnología reproductiva muy rudimentaria, pero lo intentan de todos modos.

—¿Y los hombres que fracasan?

—El espermatozoide es fácil de conservar. En cuanto al noqueado dueño..., bueno, siempre está La Caza. O Las Ofrendas de Vida.

—Conozco lo de La Caza —dijo Bryan sombrío—. Pero La Ofrenda de Vida es algo nuevo para mí. ¿Qué es? ¿Un sacrificio humano?

—Más bien como una ejecución ritual de criminales y personas incapacitadas y sin esperanza. Según he entendido los sacrificios, la víctima debía ser noble o pura o algo así. Bueno, los tanu realizan esta clase de ritual matando tan solo en luna azul, como cuando un nuevo Rey o Reina inaugura su reinado. Pero Las Ofrendas de Vida regulares ocurren dos veces al año. Al final de El Gran Combate, a principios de noviembre, y en La Gran fiesta del amor, en mayo. Más bien es más como un barrido y limpieza de cárceles y cuartos de contención que cualquier otra cosa. Es algo bastante incivilizado según los estándares de El Medio, pero no es una mala idea cuando lo miras desde su nivel.

No leas mi mente, Johnny, pensó Bryan. En voz alta, dijo:

—¿Cómo pasan los humanos de portar torques de plata a portar de oro?

El capitán lanzó una risotada grave.

—Hay maneras y maneras. ¡Tu extraño amiguito es un candidato imbatible!

Bryan se quedó sin palabras. Sí, Aiken podría encajar muy bien en este mundo loco de poderes maravillosos y espantosa barbarie. ¿Pero qué hay de Mercy, afligida y asustadiza?

El alto Creyn, con su túnica roja y blanca ondeando por la brisa, entró en el sector de proa, seguido por Elizabeth.

—Ya casi hemos llegado, Bryan. Ahí puedes ver el palacio del Alto Rey, ese conjunto con franjas de luz dorada y cientos de lámparas brillantes a lo largo de la fachada. Allí acaba nuestro viaje. Tras descansar unas horas, se ofrecerá una cena en honor de los recién llegados. El rey Thagdal y la reina Nontusvel estarán presentes para dar la bienvenida.

—¿Todos los recién llegados tienen una recepción tan magnífica? —preguntó Elizabeth. Medio escondida tras el imponente tanu, quedaba discreta incluso vestida con su mono rojo.

—No todos —Creyn le sonrió—. Vuestra llegada es algo muy especial. Ha sido un honor para mí acompañaros. Espero poder trabajar con vosotros en La Casa de la Redacción durante los próximos días.

Bryan comprendió de golpe. Por supuesto. ¡El espléndido séquito había venido a ver a Elizabeth! Y el banquete con los Reyes presentes sería principalmente en su honor. ¡Qué impagable captura habían realizado los exóticos, pescadores en el tiempo, atrapando a esta tranquila y reprimida mujer de poderes mentales insondables! ¡Y qué nuevos planes deben estar tramando estos conspiradores de la genética! Pobre Elizabeth. Bryan se preguntaba si ya era consciente de la clase de tentación que los tanu seguro que le iban a ofrecer; y si se daba cuenta del mortal peligro al que se enfrentaba si se negaba a cooperar.

Creyn continuó resaltando las peculiaridades de la capital hablándoles a ambos.

—La edificación más grande, aquella de las torres que allí se alzan, con balizas facetadas, es la sede de las cinco grandes

Cofradías mentales. Algo como unos clanes metapsíquicos, porque se trata más de relaciones familiares entre los miembros que de relaciones profesionales. Las luces violeta y ámbar adornan el salón de los comunicadores a distancia, Cofradía presidida por la venerable Lady Mayvar Coronarreyes. El cuartel general de La Cofradía de los Creadores es esa que está iluminada con luz aguamarina y blanca. En la actualidad, ese grupo está liderado por Lord Aluteyn Maestro de Oficios. Sin embargo, su autoridad ha sido desafiada recientemente y puede haber cambios después de las demostraciones de poder que ocurrirán en El Gran Combate. Las luces azul y ámbar son el símbolo de La Cofradía de la Coacción, cuya cabeza es Sebi-Gomnol, un humano portador de un torque de oro. Más allá de ese complejo se eleva el hogar de los psicokinéticos, que son liderados por Lord Nodonn Maestro de Batalla, quien en este momento reside en su ciudad natal, Goriah. La Cofradía PK tiene el rosa y el ámbar por colores heráldicos.

—¿Y tu sociedad? —preguntó Elizabeth.

—La Cofradía de la Redacción tiene su sede en las afueras de la ciudad, en la ladera sur de El Monte de los Héroe. Su iluminación blanca y roja no es visible desde este lado de la península. Nuestra Cofradía está encabezada por Lord Dionket, sanador jefe de los tanu.

Una pequeña silueta con traje de fibras metálicas se presentó con sigilo. Aiken Drum se quitó el sombrero e hizo una reverencia. Su rostro sonriente estaba ensombrecido y enmascarado por la luz de las antorchas de la escolta.

—No he podido evitar escuchar a escondidas, jefe. ¿Cómo es que un humano, ese mequetrefe, como sea que se llame, puede dirigir una de vuestras grandes sociedades?

La respuesta de Creyn fue fría.

—Lord Sebi-Gomnol es una persona de extraordinarios talentos, tanto metapsíquicos como científicos. Después de conocerle sabrás por qué lo tenemos en tan alta estima.

—¿Cómo consiguió el de oro? —insistió Aiken.

Incluso Bryan era consciente de la palpable repulsión que fluía del sanador exótico.

—Será mejor que eso también lo escuches de sus propios labios.

Aiken soltó una risita malvada.

—Me cuesta esperar. ¡Ese viejo mequetrefe me parece que debe ser la clase de tipo que podría llegar a darme algunos consejos!

Déjanos, Aiken Drum.

¡Lo que usted ordene, jefe!

Elizabeth frunció el ceño ante la retirada del joven granuja. Analizar las interesantes implicaciones de todo esto iba a llevar algo de tiempo realizando paciente trabajo. Esperaba que Lord Gommel estuviera presente en la fiesta.

—Entonces, ¿el resto de los edificios de la ciudad son privados?

—En absoluto —dijo Creyn—. Muriah es una capital administrativa. Las personas que residen aquí se ocupan principalmente de la administración de nuestra Tierra Multicolor. Nuestros centros de instrucción se encuentran aquí y también se realizan otras actividades cruciales. Pero descubrirás, Bryan, que no somos tan formales en estos grandes asuntos como lo será tu Medio Galáctico dentro de seis millones de años. Tenemos una población reducida en nuestro Alto Reino y una cultura bastante sencilla. Muchos de los asuntos de nuestro gobierno se manejan de manera familiar. Te animamos a estudiar nuestra estructura social muy de cerca. Hay cosas que debes contarnos sobre nosotros mismos.

El antropólogo agachó la cabeza.

—Será un proyecto fascinante. No puedo pensar en la cultura de El Medio como una cultura similar a la vuestra.

El barco, finalmente, se dirigió al edificio casi babilónico de piedra blanca y lujosamente adornado con plantas repletas de flores que colgaban de balcones escalonados iluminados con lámparas. El camino acababa frente al soportal del palacio. No había turbas de curiosos espectadores, pero un gran grupo de sirvientes humanos les esperaba en los establos, junto a cuarenta o cincuenta pequeños ramas vestidos con tabardos blancos adornados con la estilizada cara dorada de un hombre, emblema del rey soberano. Cuando el barco se detuvo, la escolta a



caballo subió parte de un tramo de escalones de escasa altura que conducían a la entrada del palacio. Los jinetes, quienes se sentaban erguidos sobre sus sillas de montar, levantaron sus antorchas en alto y formaron en filas como guardia de honor.

Se escuchó el sonido de un gong y unas trompetas lanzaron unas florituras. Una majestuosa mujer tanu, vestida completamente de plateado y atendida por soldados humanos con armaduras de plata, subió las escaleras. Levantó ambos brazos hacia los viajeros, quienes aún se encontraban en el barco, y cantó una estrofa en lengua tanu. Los jinetes respondieron coreando a todo pulmón.

—Excelsa Señora Eadone, Decana de Cofradías y primogénita de El Thagdal, os saludo. Elizabeth responderá a vuestros requerimientos —declamó Creyn.

El capitán Highjohn, que había estado ocupado desenrollando una pasarela que partía de mitad del barco y se asentaba en el escalón más bajo de los que se dirigían a la entrada del palacio, le hizo un guiño a Elizabeth y le extendió su gran mano morena para ayudarle a desembarcar.

De repente, se hizo el silencio. La brisa del atardecer azotó los pendones, capas y túnicas de los jinetes sobre sus chalikos. Elizabeth, con su sencillo traje rojo, parecía perdida en medio del evento. Su voz, tanto física como mental, fue tan firme e impactante como la de la hija del Rey.

Pronunció unas frases en lengua tanu y luego las repitió en inglés:

—Gracias por darnos la bienvenida a esta hermosa ciudad. Estamos impresionados por el esplendor y la riqueza de vuestra Tierra Multicolor, que es muy diferente del mundo primitivo que esperábamos encontrar seis millones de años atrás. Os saludamos con toda nuestra buena disposición. Esperamos que sean pacientes con nosotros según vayamos aprendiendo vuestras costumbres. Y rezaremos para que haya paz entre nuestras dos especies a lo largo de toda esta época del mundo.

¡Crash! Sonaron los tambores y los platillos. La ordenada escena se transformó en un torbellino carnavalesco. Los jinetes lanzaban al galope a sus chalikos escalera arriba y escalera abajo, vitoreando, riendo y cantando. Tras hacerle un gesto

cortés a Elizabeth, Lady Eadone se fue hacia palacio. Los sirvientes y los ramas llegaron como una marabunta para ayudar a los viajeros del tiempo, cargando sus equipajes.

Elizabeth regresó rápidamente al barco antes de que la muchedumbre enloquecida pudiera arrastrarla. Distraída, con todas las barreras levantadas contra la cacofonía mental, se adelantó para despedirse del capitán Highjohn.

Bryan estaba allí, apoyado en el marco de la puerta del puente de mando, con una expresión de horror.

Creyn pasó junto a Elizabeth, sonriendo.

—No pasa nada. Highjohn ha hecho tan buen trabajo trayéndonos aquí que he querido darle su recompensa sin demora—. El redactor bajó por la pasarela y desapareció entre la multitud.

Elizabeth se acercó y se quedó de pie, junto a Bryan, mirando hacia el puente de mando. El barquero yacía sobre la cubierta junto a la cabina de mando. Su vieja gorra de la Marina de los Estados Unidos se le había caído. Sus ojos estaban en blanco, y de su boca abierta caían chorrillos de baba sobre su barba desaliñada. El torque gris estaba cubierto de sudor. Las manos de Highjohn arañaban la cubierta y su cuerpo se arqueaba una y otra vez entre espasmos y convulsiones.

Gemía de placer.

—¿Te lo están haciendo todos, Johnny? ¿Todos te están curando la soledad? —le susurró Bryan.

Con amable firmeza hizo retroceder a Elizabeth y cerró la puerta de la caseta de mando. Entonces siguieron a los demás hacia el palacio del rey tanu.

## 2

UNA MULTITUD bastante llamativa se agolpó alrededor de la antesala del salón de fiestas, anticipándose a la llegada de lo que un cortesano había denominado los personajes más ilustres. Tanto los humanos como los tanu portaban túnicas de diferentes estilos. La mayoría de las mujeres lucían fantásticos tocados con cintas y joyas. La música, que llenaba el ambiente,

era interpretada por una inaudita orquesta donde destacaban las flautas, las arpas y los xilófonos.

Bryan, Elizabeth, Stein, Sukey y Raimo se habían encontrado de nuevo tras tres horas separados. Los habían conducido a un anexo apartado por una barandilla del resto de la multitud de invitados a la cena. Los viajeros del tiempo se miraron los unos a los otros y luego estallaron en carcajadas, así de desconcertante les pareció su transformación.

—¡Es que me quitaron mis otras ropas! —protestó Raimo con la cara encendida—. ¡Y me dijeron que esto sería el tipo de ropa que los demás llevarían puesta!

Stein se carcajeaba.

—Hablando de darle un sorpresa a las damas... Pareces un jodido bailarín de ballet. ¡O el Capitán Marvel!

—Steinie, cállate —dijo Sukey—. Creo que Raimo se ve bien.

Enfadado, el ex guardabosques trató de cubrir su torso con su corta capa dorada. Llevaba una especie de leotardos escarlata con un vaporoso motivo dorado que parecía como si hubiera sido retractilado sobre su musculoso cuerpo. Completaban el conjunto unas botas doradas y un cinturón a juego.

Está arreglado para ser exhibido, pensó Elizabeth. Con su escasa destreza psicokinética y su escasa inteligencia, está destinado a ser un juguete.

Raimo frunció el ceño mirando a Stein.

—Por lo menos te han quitado esa sarnosa faldita de piel.

El vikingo, simplemente, sonrió. Estaba estupendo, y lo sabía, tras haber sido engalanado por los sirvientes del palacio con una túnica corta de color verde intenso que hacía juego con su propio collarín de cuero y su cinturón tachonado de oro y ámbar. Le habían puesto otro cinturón ornamentado de estilo similar con una vaina enjoyada en la que descansaba una espada a dos manos de bronce. De los grandes hombros de Stein caía una capa color vino con un brocado sujeto por un broche de diorita. Llevaba su casco viksØ de bronce con cuernos ondulados.

Sukey aferraba un brazo de esta encarnación de divinidad nórdica. Su vestido era de gasa de seda blanca con falda

y mangas ajustadas. La simplicidad del vestido la compensaba un elaborado tocado que se asemejaba a un halo de plata adornado con brillantes gemas rojas. El color rubí de las piedras se repetía en un estrecho cinturón colgante y en las anchas pulseras de sus muñecas.

—Creo que me han vestido con los colores heráldicos del clan en el que voy a ser iniciada —dijo Sukey—. Me parece que los redactores visten de rojo y blanco o plateado. Me pregunto por qué no te han vestido de rojo y blanco, Elizabeth.

—Me encuentro elegante con este negro. Tal vez tenga un significado especial. En todo caso han estado mucho tiempo arreglándome el pelo. Y cuando la dueña del guardarropa vio mi anillo de diamante, me trajo esta pequeña diadema —dijo la comunicadora a distancia.

—Tú y yo somos un contrapunto de elegante moderación en medio de estas aves del paraíso —observó Bryan.

Elizabeth se divertía.

—Y no está nada mal, profesor, ahora que te has deshecho de esas prendas arrugadas de algodón y del sombrero australiano de imitación.

El que en su día fue un insulso antropólogo vestía ahora un traje de tela brillante de color azul verdoso intenso. Llevaba unos pantalones estrechos que acababan dentro de unas botas cortas plateadas, una chaqueta hecha a medida con ribetes de plata, y una larga capa que iba a juego con el traje. Las ropas de Elizabeth también eran sencillas. Su holgado vestido negro estaba adornado por un fino cuello de tejido metálico rojo. Dos ribetes colgantes del mismo material, bordados y enjoyados, caían por la parte delantera y trasera de su cuello, al estilo de muchas de las mujeres tanu, aunque ninguna vestía una combinación de negro y rojo.

Sukey miraba a su alrededor.

—Me pregunto dónde estará Aiken.

—No sé cómo van a poder conseguir que ese chico sea más elegante de lo que es —murmuró Stein.

—Hablando del rey de Roma —dijo Bryan.

Un sirviente abrió la cortina que cubría una puerta de paso hacia el recinto donde se encontraba Aiken. El miembro

desaparecido del grupo apareció allí, y la observación de Stein resultó ser profética. Aiken Drum aún vestía su traje dorado de los cien bolsillos. Solo había añadido una capa negra que brillaba como el carbono y un manojo de largas plumas negras sujetas en la escarapela de su sombrero de ala ancha.

—¡La celebración puede comenzar! —exclamó el bufón.

—Será mejor que esperemos al Rey y a la Reina —sugirió Elizabeth.

Raimo estaba indignado.

—Me han quitado la petaca, ¿te lo puedes creer, Aik? ¡Se han llevado mi petaca!

—¡Me cago en la leche! Te la traería corriendo, yendo a por ella de puntillas, picatroncos, si no estuviera tan confundido por la distribución de este lugar.

—¿De verdad podrías traerla? —exclamó el ex guardabosques.

—¿Y por qué no? ¿Sabes lo que significa whisky? ¿Y akva-vit? ¿Y todas esas otras palabras que nombran a las bebidas alcohólicas que conocemos y amamos? Todas se traducen como “agua de vida”. Todos esos antiguos que les pusieron nombres a las bebidas fuertes pensaban que te devolvían la vida. Entonces, ¿por qué no debería dedicarle yo un poco de mi vida a la bebida? Haré que le salgan piernas... ¡fácil!

—Pensaba que le habían programado un freno a tus metafunciones —dijo Elizabeth. Le sondeó suavemente y se encontró con una defensa bien construida.

Aiken le guiñó un ojo. Cogió con un dedo su torque de plata y tiró de él. El collar metálico se estiró, y luego volvió a solidificarse en su posición original.

—He estado trabajando en esto, cariño. Además de en algunas otras cosas. ¿Qué te apuestas a que esto va a ser un pedazo de fiesta?

—¡Claro que sí, tío! —Raimo se rio.

—Debo decir —observó el resplandeciente joven— que todos estáis estupendos con vuestras ropas. ¡Estáis casi tan maravillosos como yo!

Estudió a Stein y a Sukey en silencio durante un instante y dijo:

—Y permitidme felicitaros por vuestro compromiso.

El vikingo y su dama miraron a Aiken con una mezcla de miedo y determinación.

Vete a la mierda, Aiken, le dijo mentalmente Elizabeth. Te romperé las sinapsis si...

Pero el embaucador prosiguió con sus ojos negros brillantes.

—A los tanu no les va a gustar, porque tenían planes para vosotros dos. Pero soy un sentimental. ¡El amor debe triunfar!

—¿De qué estás hablando? —la voz de Stein era tranquila. Cerro su puño del tamaño de un jamón sobre el mango de su espada de bronce.

Aiken brincó para ponerse a su lado. Los ojos azules escandinavos se quedaron a cincuenta centímetros de los del pícaro Aiken. Elizabeth fue consciente de una oleada eléctrica de lenguaje mental, bien dirigida en modo íntimo. No pudo descifrarlo; pero Sukey debió haberlo captado, así como su gigantesco consorte.

La música de ambiente cesó. Un grupo de trompetistas, con unos instrumentos de vidrio de los que colgaban unos pendones con el símbolo de la cabeza masculina, apareció en la arcada del salón de fiestas y sonó como una fanfarria. El enjambre de mariposas que eran los invitados se emparejó y una orquesta más completa comenzó a tocar una marcha.

Bryan le llamó la atención a un cortesano humano que estaba abriendo una puerta del recinto.

—¿Wagner?

El torque gris asintió.

—Indudablemente, respetable profesor. Nuestra cortés Señora Eadone ha querido que ustedes se sientan como en casa, en la medida de lo posible. Los tanu son grandes aficionados a la música humana. Los participantes en esta fiesta usarán su voz física en consideración a que usted no lleva torque. Si así lo desea, su estudio de nuestra sociedad podría comenzar esta misma noche.

Empecé nada más entré por el dichoso portal del tiempo, pensó Bryan. Pero ante el hombre solo asintió. Aiken le preguntó al gris:

—¿Qué hacemos ahora, pollo? No queremos meter la pata delante de los Grandes.

—Los personajes más ilustres están sentados en su propia mesa. Se les presentará brevemente, y luego comenzará la cena. La etiqueta de la corte es muy informal en esta sociedad. Solo continúen teniendo una cortesía razonable —dijo el cortesano.

Esperaron hasta que el último de los ciudadanos privilegiados de Muriah hubo entrado en la sala, caminando de dos en dos. Entonces llegó el momento de que ellos entraran.

Aiken se quitó su sombrero dorado y le hizo una reverencia burlona a Raimo.

—¿Vamos, cariño?

—¿Y por qué narices no? —se rio el guardabosques—. Si esta fiesta se parece a la otra, las damas se nos acercarán ahí dentro.

—Esta fiesta —dijo Aiken— no va a ser como la última. Pero te lo pasarás muy bien, Ray. Te lo garantizo.

—¿Y nosotros? —preguntó Stein.

Llevaba su casco bajo el brazo. Él y Sukey estaban detrás de Raimo y Aiken.

—Diviértete, coleguilla —dijo Aiken Drum mientras se marchaba pavoneándose entre las filas de los trompetistas rumbo al pasillo.

Bryan le ofreció su brazo a Elizabeth sin pronunciar palabra. Los pensamientos sobre el futuro de la comunicadora a distancia habían desaparecido de su mente. Según se iban acercando al cadencioso ritmo del *Tannhäuser*, sentía únicamente el punzante ímpetu de su obsesión: ¡Que Mercy estuviese allí! Allí, y a salvo dentro de su torque de plata. Ni atrapada, ni luchando, sino bien segura en el seno de la familia de las hadas que agasajaba a los más afortunados de entre sus cautivos.

Solo dejadla ser feliz.

Entraron en una gran sala, con vigas y paneles de madera, que estaba iluminada por candelabros de bronce colmados de llamas. Las pequeñas y brillantes meta-lámparas también se veían a lo largo de las paredes, pero solo como decoración, junto a extraños tapices y esculturas de metal. La mesa de festejos era una gran U invertida, con varios cientos de invitados que

permanecían de pie a lo largo de ambos lados. En el extremo opuesto de la sala se encontraba una versión local de la Alta Mesa, y que era algo más baja que las dos tarimas que se encontraban a su lado para que los dignatarios allí presentes fuesen bien visibles para los invitados. En la pared que había tras las personalidades relevantes colgaba una enorme reproducción de oro de una cabeza masculina rodeada por un complejo mosaico de metalamparas. Unas cortinas de fina tela metálica enmarcaban todo el emblema, rematadas por un dosel estampado con una veintena de coronas. Los camareros, vestidos con libreas, estaban preparados detrás de todos los invitados. Los personajes relevantes eran atendidos por una doble fila de sirvientes, vestidos de manera mucho más suntuosa que los que servían a los invitados de inferior rango.

Bryan y Elizabeth caminaron hacia la mesa, pasando por delante de los sonrientes Grandes. El antropólogo trató de ser discreto mientras escudriñaba a la multitud; pero había mucha gente a ambos lados de la sala, y demasiadas de las mujeres humanas tenían el pelo castaño...

—El respetable profesor en antropología Bryan Grenfell.

...el maestro de ceremonias le estaba presentando, Bryan se adelantó e hizo una breve reverencia al estilo habitual en El Medio, consciente de que las gentes de la Alta Mesa se estaban acercando para estudiarle, a él y a su compañera, con un afán que no habían tenido frente a las otras cuatro personas honradas. La etiqueta de la corte, evidentemente, no incluía la presentación de las personalidades relevantes, pero Bryan tenía poco interés en estos personajes de relumbre, en ese momento. Mercy no estaba entre ellos.

Bryan dio un paso atrás. A Elizabeth, pálida y tensa, le llegó el turno.

—La Ilustrísima Lady Elizabeth Orme, Gran Maestra Comunicadora a distancia y Gran Maestra Redactora de El Medio Galáctico.

Me cago en la leche, se maravilló Bryan.

Los invitados, todos de pie, levantaron los brazos. Sorprendentemente, las Personalidades Insignes se levantaron de sus



sillas y se unieron al saludo. Toda la concurrencia lanzó un triple saludo:

—¡Slonshal! ¡Slonshal! ¡Slonshal!<sup>1</sup>

A Bryan se le erizaron los pelos de la nuca. Eso tenía que ser una coincidencia lingüística.

La más importante de entre las personalidades masculinas se giró y miró hacia atrás. De algún lugar provino un sonido metálico, como si una cadena estuviese siendo sacudida. Se hizo el silencio.

—Que prevalezca el esparcimiento y la camaradería —clamó un insigne varón.

Tenía un físico imponente. Llevaba una túnica blanca sin adorno alguno. Lucía un largo cabello rubio y una barba suelta rizada arreglada con pequeñas y finas trenzas. Se veía una clara semejanza entre él y el emblema heráldico de la máscara, y Bryan supo que era El Thagdal, Alto Rey de los tanu.

El escenario rompió en un remolino de confeti cuando los invitados se abalanzaron sobre sus asientos o salieron corriendo a intercambiar nuevos saludos entre ellos. Los camareros humanos y los sirvientes rama empezaron a llenar las mesas con comida y bebida. Los seis homenajeados estaban sentados en unos bancos bajos frente a las insignes personalidades y todos pasaron con formalidad frente a la mesa. Los aristócratas tanu saciaron su curiosidad haciéndoles a los viajeros del tiempo un torrente de preguntas.

Bryan se encontró frente a una mujer formidable vestida de blanco y sentada a la derecha del Rey, su espléndido pelo rojo caía en cascada por debajo de una capucha de tela dorada de la que salían dos alas extendidas y enjoyadas.

—Soy Nontusvel, Madre de La Casa y esposa de El Thagdal. Por cortesía soy tu dama, Bryan, y te doy una cálida bienvenida a nuestra Tierra Multicolor y a nuestra sociedad. Pero... ¿qué es lo que veo? ¿Confusión? ¿Y quizá miedo? Te lo aliviaría si pudiera.

El poder de su sonriente mente maternal era irresistible. Rasgaba en sus recuerdos como una experta laudinista: Una oscura sala de control en lo alto de la torre de un castillo, y

---

1 En gaélico, Slonsha significa salud.

una cara dulce y triste. Lágrimas en una canción de un trovador. Y con ese acorde rasgado, pasamos a otro de manzanos en flor, ruiseñores, la luna saliendo, un cálido pelo castaño y ojos de mar embrujados y atormentados. Y luego, un arpegio disonante. Pero ¿adónde Gastón?, ¿adónde ha ido?, a través de ese maldito portal del tiempo, a El Exilio. Ahí voy, *Monsieur le Chat*, hacía ese sótano profundo...

El traje de gala de Bryan tenía bolsillos interiores. Sin desear hacerlo, metió la mano en el que tenía sobre el pecho y le entregó la lámina de durofilm a la reina Nontusvel que miró el retrato de Mercy.

—La has seguido hasta aquí, Bryan.

—Sí. Y la veo por todas partes. Hasta que muera la veré.

De los rizos metapsíquicos de Nontusvel salían oleadas de consuelo y distracción.

—¡Pero tu Mercy está a salvo, Bryan! Se ha integrado con éxito en nuestra comunidad. ¡Y es muy feliz! Es como si hubiera nacido para llevar un torque. Como si hubiera anhelado inconscientemente pertenecer a los tanu y nos hubiera buscado más allá de la brecha de los seis millones de años.

Los ojos de la Reina brillaban como zafiros, con luz interior a pesar de que parecía que no tenían pupilas.

—¿Puedo visitarla? —preguntó humildemente Bryan.

—Está en Goriah, en esa región que llamáis Bretaña. Pero pronto regresará a nuestra Ciudad de La Llanura Blanca y, entonces, la escucharás hablar de su vida con nosotros. Y a cambio de este reencuentro, ¿nos servirás de buena gana? ¿Nos ayudarás a obtener los conocimientos que necesitamos, esa información que puede ser vital para nuestra supervivencia como especie?

—Haré lo que pueda, excelentísima Señora. Mi formación me especializa en el análisis de culturas y en la evaluación del impacto intercultural y las tensiones que ello conlleva. Admito que no entiendo completamente lo que ustedes buscan pero estoy a vuestra disposición.

Nontusvel asintió con su dorada cabeza alada, y sonrió. El Alto Rey, que estaba mirando a Elizabeth, se giró y le dijo al antropólogo:

—Mi querido hijo Ogmol te ayudará a coordinar tus investigaciones. ¿Quieres saber quién es? Ese muchacho fogoso de la mesa derecha, con túnica color turquesa y plata, que está haciendo el imbécil balanceando la jarra de vino sobre su cabeza. ¡Ah! Ahora sí... Bueno, incluso un erudito tiene derecho a divertirse. Mañana verás su lado más serio. Será tu guía. Tu asistente, ¡Hostia!, y entre los dos, le daréis sentido a nuestro rompecabezas antes de que empiece El Gran Combate. O eso, o que me convierta en el hijo bastardo de una mula aulladora.

El Rey se carcajeó con fuerza y Bryan, sobrecogido, solo pudo pensar en un fantasma navideño particularmente viril que había visto cuando era niño en el Tri-D.

—Si me permite una pregunta, rey Thagdal, ¿en que se sustenta su soberanía?

Tanto El Thagdal como Nontusvel estallaron en escandalosas carcajadas. El Rey, hasta el punto de acabar tosiendo. Entonces la Reina cogió una gran copa de oro y calmó a su marido con un trago de hidromiel. Cuando el rey se restableció dijo:

—¡Eso me ha gustado, Bryan! Empieza por arriba, por las personalidades con autoridad. ¡Y empieza ya! Bueno, es bastante simple, muchacho. Tengo estupendas metafunciones, por supuesto, y soy un genio en las batallas. Pero mi atributo máspreciado es la fertilidad. Más de la mitad de las personas de este salón son hijos míos, y nietos y bisnietos. Y eso sin contar a los seres queridos ausentes, ¿eh, Nonnie?

La Reina puso una sonrisa tonta y le dijo a Bryan:

—Mi señor esposo es el padre de once mil cincuenta y ocho hijos, y ni un firvulag ni un torque negro entre ellos. Su plasma germinal no tiene parangón, y por eso es nuestro Alto Rey.

Bryan trató de expresar su próxima pregunta con delicadeza.

—Y usted, Noble Señora, ¿tiene un historial de reproducción igual de distinguido?

—¡Doscientos cuarenta y dos niños! —dijo El Thagdal—. El récord entre las esposas reales. ¡Y entre ellos, lumbreras tan talentosas como Nodonn, Velteyn, Imidol y Culluket! ¡Y las Excelsas Damas Riganone, Clana y Dectar, por no hablar de la

querida Anear! Ninguna de mis otras esposas, ni siquiera la llorada Lady Boanda, produjo semejantes tesoros.

Elizabeth se metió en la conversación diciendo en voz baja:

—Bryan, asegúrate de que Su Majestad te hable de las otras madres de sus hijos.

—Es algo muy simple —El Thagdal estaba exultante—. ¡Reparte tu riqueza! Propaga el fenotipo perfecto, como diría El Loco Gregg. Cada una de las damas con torque de oro y plata se dan un revolcón con este viejo a la primera que pueden.

Añadió Elizabeth:

—Y después de quedar preñadas por el Rey, pueden convertirse en esposas o amantes de otros nobles tanu y tener hijos con otros. ¿No es interesante?

—Mucho —dijo Bryan con poca voz—. Pero este plan genético no ha debido estar en vigor desde la llegada de los tanu al planeta Tierra.

El Thagdal se mesó la barba. Sus cejas rubias y tupidas se juntaron.

—No-o-o-o. Las cosas eran un poco diferentes al principio, en la Edad Oscura, por llamarla de algún modo. En aquel entonces no éramos muchos, y tuve que defender mis derechos reales cuando la dama no estaba dispuesta a hacerlo. Y por supuesto gané la mayor parte de las veces, porque en aquellos días era el mejor espadachín en más de un sentido. ¿Entiendes?

—Existió una costumbre similar en la antigüedad de nuestra Tierra. Se llamaba el *droit du seigneur* —dijo Bryan.

—¡Claro! ¡Claro! Recuerdo que uno de los pequeños adorables plateados lo mencionó. ¿Que estaba diciendo?... ¡Ah, lo de la historia! Bueno, con la apertura del portal del tiempo y vuestra llegada desde el futuro intentamos organizar la supervivencia de la especie de un modo más científico. Algunos de vuestro pueblo han sido de gran ayuda en este sentido. Tienes que conocerlos sí o sí, Bryan. ¡Diría que casi son los padrinos de la esplendorosa sociedad tanu que ves hoy aquí! Nuestro querido Gregg El Loco, por supuesto, Lord Greg-Donnet, es decir, nuestro Maestro de Eugenesia y Genética. ¡Y esa maravillosa mujer, Anastasya-Bybar! ¿Dónde cojones estaríamos si Tasha no hubiera enseñado a nuestros decadentes reprotécnicos a

revertir la esterilización de las mujeres humanas? ¡Todos esos preciosos óvulos latentes se habrían perdido!

Nontusvel le clavó un codo en su esbelto torso.

—Y la mitad de mi diversión consiste en perseverar hasta poner este bollito a salvo en el horno, ¿eh, Nonnie?

La Reina puso una risa tonta.

Bryan pegó un gran trago de vino. Era consciente de que Elizabeth lo estaba mirando.

—Y entonces, hace aproximadamente setenta años, cuando los primeros viajeros del tiempo empezaron a llegar, ¿comenzasteis a hibridaros con humanos?

—Entiéndelo bien, hijo. Solo los machos humanos contribuyeron a mejorar el genotipo al principio. Tasha no llegó hasta... ¿cuándo?, unos diez años después de que se abriera la puerta. Nuestras damas se divirtieron de lo lindo, por supuesto, en esos primeros años. Y no tardamos mucho en descubrir que los híbridos humano-tanu eran menos propensos a convertirse en firvulags, y más propicios a ser llevados a término por nuestras delicadas y pequeñas madres... ¡salvo tú, Nonnie, mi amor! Incluso nuestros abobados genetistas tanu lo advirtieron. Aluteyn y su gente estuvieron buscando a alguien como la académica Anastasya Astaurova. Y por supuesto, la compasiva Tana nos la envió con sus bolas bien puestas. Literalmente.

El Thagdal se entregó a otro ataque de alegría, que calmaba con enormes tragos de vino. Por todo el salón de fiestas los ánimos se calentaban según las copas se vaciaban y se volvían a llenar. La cena consistió principalmente en platos de carne de una variedad apabullante, junto con grandes platos repletos de frutas y panecillos horneados en formas inusuales. Los artistas, anunciados por El Maestro de Ceremonias, actuaban por turnos en medio de la mesa en forma de U, y los invitados respondían duchándolos con pequeñas monedas, o con huesos medio masticados, según la calidad del talento mostrado. Las personalidades ilustres cenaron de una manera más refinada. Se encontraban cerca de un extremo de la Alta Mesa, donde Aiken estaba sentado frente a dos nobles vestidos de rojo rosado y dorado, quienes reían escandalosamente y brindaban.

—Háblale a nuestro querido Bryan del regalo de los torques, Thaggy —dijo la reina.

—Díganoslo a los dos —dijo Elizabeth con su sonrisa de Mona Lisa.

El Rey apuntó con el dedo a la comunicadora a distancia.

—¿Tienes las barreras todavía levantadas, amorcito? Eso no te servirá de nada, ¿sabes? Lo que necesitas es hidromiel. ¿Hay algo más con lo que pueda tentarte?

Nontusvel se cubrió la boca y balbuceó con señorial alegría.

—Su Majestad es un anfitrión muy amable —Elizabeth levantó la copa—. Por favor, continúe con su fascinante historia.

—¿Dónde estaba...? ¡Torques para los humanos! Bueno, tienes que entender que la verdadera fraternidad entre nosotros, entre los tanu y tu gente no era algo que pudiese surgir en un año o dos. Éramos compatibles genéticamente, con ventajas clamorosas, pero no nos entendíamos bien. Concedimos torques de oro honoríficos a Gregg y Tasha en gratitud a sus contribuciones. No eran latentes, como quedó de manifiesto, y tampoco eran psicoadaptables. Más tarde Iskender-Keronn vino y domesticó a los animales y le dimos un torque honorífico.

—Pobre querido Isky —se lamentó la Reina vaciando su copa que un camarero rellenó inmediatamente—. ¡Nos lo quitaron los firvulag y esa brutal banda de pelagatos!

—Y después, hace unos cuarenta años, Eusebio hizo un trabajo brillante mejorando los torques de los ramas. Fue psicobiólogo en El Medio, y la primera persona que pareció entender la teoría en la que se basan los torques. Así que le dimos uno de oro, también, y lo llamamos Gomnol. Y que me parta un rayo si el hombre no ha resultado ser un coaccionador latente superlativo. Sin embargo, ¡es un enano abominable! ¡Fue un shock para nosotros!

—¿No conocíais el factor de latencia metapsíquica humana? —preguntó Elizabeth.

—Somos una vieja, una antigua especie aquejada de cierta languidez científica —admitió la Reina.

Una lágrima salió de uno de sus ojos de zafiro y se deslizó por su impecable mejilla, cayendo en las profundidades acolchonadas de su corpiño. Se consoló con su copa.

—Como dice Nonnie —resumió el Rey— somos una especie antigua. Más bien, decadente en ciertas materias, me temo. Y nuestra pequeña facción, que como ya sabréis huimos amenazados de nuestra galaxia natal, teníamos aún menos inclinación hacia la ciencia que el resto de los tanu..., excepto Brede que, en realidad, no cuenta. Nadie entendíamos cómo funcionaban los torques que convertían en operantes nuestras metafunciones, y no pusimos mucho empeño en entender estos poderes. Estaban allí, ¿entendéis? No nos preocupamos demasiado de cómo y por qué y, en consecuencia, la latencia humana fue una sorpresa total. Como Gomnol señaló, ¡los humanos tampoco conocisteis ni vuestras mentes ni vuestros cuerpos durante el noventa y nueve por ciento de vuestra historia como especie! Así que no se os ocurra burlaros de nosotros. ¿Dónde estaba...? Ah, sí. Humanos latentes. Bueno, cuando Gomnol se puso su torque de oro se convirtió en meta, entendió todo el tema en un abrir y cerrar de ojos. Los tanu son latentes y también lo son los humanos ordinarios. Unos más, la mayoría bastante menos, incluso hasta el punto de llegar ser nulos. En vuestro mundo del futuro, se detectan los bebés que son operantes potenciales para después ser entrenados por comunicadores a distancia y redactores como esta ilustre dama —le hizo un gesto cortés a Elizabeth—. Puesto que en aquellos días no llegaban operantes por El Portal del Tiempo, y puesto que nuestros poderes aumentados por los torques no detectan bien a los humanos latentes, Gomnol decidió que debíamos construir un dispositivo mecánico para testar las mentes de la población humana. Elaboró el aparato con el cual se os testó en El Castillo del Portal. Tenemos otros en nuestras principales ciudades para buscar latentes que se nos escapan durante las pruebas iniciales debido a la confusión mental de ese momento. Se nos escapan muchos —frunció el ceño, tenso—. Incluyendo a una que produjo una catástrofe. ¿Dónde estaba...? ¡La lluvia de ideas de Gomnol! Entended, ese tipo es un psicobiólogo con mucho talento. Tenía claro que sería peligroso ponerle

torques de oro a los latentes humanos que no se integraran de todo corazón en nuestra sociedad.

—Siempre hay —intervino sombría la Reina— ingratos.

—Por ello Gonnol concibió los torques de plata, con sus psico-reguladores incorporados. Y poco después, los torques grises, para ser usados por humanos no latentes que soportaban un nivel muy bajo de relaciones metapsíquicas. ¡Había nacido un nuevo mundo de confraternidad! Una vez hubo comenzado la era de Gonnol, cuando se hizo posible producir en masa los torques grises..., bueno, producirlos con relativa rapidez, me refiero. Entonces nosotros, los tanu, alcanzamos la hegemonía en este mundo, y los vil firvulag, nuestros hermanos-sombra, ya no pudieron competir con nosotros en igualdad. ¡Teníamos ejércitos de leales humanos con torque gris que aplastaban a sus tropas, mucho más numerosas que las nuestras! Contábamos con madres humanas para contrarrestar la asquerosa fertilidad de sus toscas mujercitas! Teníamos a los nobles torques de plata, ¡nuestros aliados mentales operantes! Y a medida que pasó el tiempo, muchos de estos plateados alcanzaron la ciudadanía y recibieron uno de oro.

¿Se puede hacer este cambiodetorque sin producir lesionespsíquicas?

Sin ningún problema, apreciadaElizabeth, el torquedeplata se retira sin riesgoalguno después de que el de oro ha sido colocado.

—¡Y pensad en esto! Los ingeniosos técnicos de torque gris han mejorado nuestra economía ideando medios de transporte de mercancías más eficientes! Gracias a nuestro llorado Señor de los Animales, Kernonn, tenemos bestias para montar, bestias para el transporte, y bestias que nos protegen de la depravación de los firvulag. Y, quizás, lo mejor de todo es... que tenemos campeones de El Gran Combate que son humanos híbridos.

El Rey se interrumpió. Se echó hacia delante sobre la mesa tirando su copa con el cuerpo, y cogió una de las manos de Elizabeth.

—Y, ahora, la generosidad de Tana se supera. Ella nos ha enviado tu presencia.



La Reina Nontusvel irradiaba una bondad como de luna. Los ojos verdes y profundos de El Thagdal resplandecían de un modo diferente.

—Y ahora Tana me ha enviado. Pero en nuestro propio mundo, los dones de Dios se conceden a menudo de manera ambigua. Aún no sabe como soy, Rey Thagdal.

—Pero eso llegará, queridísima Elizabeth. Te presentarás ante la más noble de todos nosotros para que te inicies en nuestros hábitos: ante la Profética Señora Brede Esposa de La Nave, la de las Dos Caras, la poetisa. Brede te enseñará y tú le enseñarás a ella. Y, a su debido tiempo, te presentarás ante Tasha-Bybar y luego vendrás a mí, queridísima Elizabeth.

—Queridísima Elizabeth —le llegó el eco de Nontusvel. Seguramente estaba tan llena de buena voluntad como siempre.

—¡Un brindis! —gritó El Thagdal poniéndose en pie. Su copa había sido rápidamente enderezada y reabastecida.

—¡Un brindis! —gritaron los cientos de invitados. El Maestro de Ceremonias zarandéó La Cadena del Silencio.

—¡Por la especie tanu y la especie humana! ¡En la fraternidad, en la comunión, en el amor!

Los invitados levantaron sus grandes copas doradas.

—¡Fraternidad! Comunión! ¡Amor!

—¡Sobre todo por lo último! —gritó Aiken Drum.

Hubo risas y gritos, y todo el mundo tragó y derramó vino. Hubo muchos abrazos empapados y sorbos de boca a boca. La pareja real, encendida por la bebida y la fiesta, se agarró mutuamente, murmurando y resoplando. Apareció un grupo de ballet formado por hombres y mujeres humanos vestidos todos iguales, como urracas con atrevidos leotardos transparentes, cuando la música empezó a sonar y guio a la multitud en elaborados patrones de *contredanse*.

Elizabeth le susurró a Bryan:

—Voy a tener que dejarte un rato. Debo analizarlos ahora que sus inhibiciones menguan. Si quieres, compartiré los resultados contigo después.

Le mostró a Bryan una mueca solemne, cerró los ojos y se retiró rumbo a un lugar mentalmente estratégico.

Una de las mujeres, de entre las vestidas de blanco y negro, trató de sacar a Bryan de su banco para bailar, donde Aiken y Raimo ya estaban dando vueltas y saltos como si hubieran realizado esos complejos pasos toda su vida. Bryan negó con la cabeza ante la invitación. Dejó que los camareros llenaran su gran copa una y otra vez y trató de borrar de su mente la idea de cómo debía ser ahora Mercy.

Cuando pensó en estudiar la copa detenidamente descubrió que el oro y las joyas se confundían. Estaba demasiado borracho para andar preocupado en estas cosas.

### 3

STEINIE no bailes con ellas no Mira que hacen con Raimo Dios mío.

Muy bien muy bien pequeña calma sigamos escondiéndonos los dos no cedas no temas.

Son más fuertes especialmente este LordDionketsanador que nunca podrá que no entrara en nosotros sin ayudadeElizabeth. No les gusta esa amigablebarrera temen ofenderla demasiado pronto. Oh Dios. Esa putabellaperra Anear ocupándose de Raimo enmediodetodos vergüenza disgusto furiaodio. ...¡Steinie!

Calma calma refugio espada bendice a Elizabeth. Al menos no hacen que Aiken baile su canción haciendoelpino por si acaso.

No es un juguete como boboRaimo.

Ni tampoco yo Sukeyamor si me ayudas.

—¿Estáis seguros de que no queréis aprovechar vuestro turno con los bailarines?

Lady Riganone sonrió a Stein y a Sukey. Unas urracas volvieron a importunarlos.

—Vuestros dos amigos se lo están pasando de maravilla.

—No, gracias, Señora —dijo Stein.

Las urracas se alejaron con desgana.

Sukey se sirvió otro turnedó especiado.